

contratos. Finalmente, para hacer más rápidas las operaciones se adoptaron poco a poco usos ingeniosos y hábiles: así por ejemplo, en las ferias de Champaña, los comerciantes, á fin de no perder el tiempo en los pagos, saldaban mutuamente sus cuentas el último día por medio de una combinación de documentos, con lo cual quedaba inventado el principio de las Cámaras de compensación.

La guerra de Cien Años arruinó á los comerciantes franceses é hizo huir de Francia á los extranjeros. Los caminos estaban infestados de bandidos é interceptados por grandes baches y muchos desaparecieron borrados por la maleza que los invadió; los ríos se encenagaron, los peajes fueron arbitrariamente multiplicados por los señores y hasta por los funcionarios reales, y los mercados de las ciudades cayeron en ruinas. En tiempo de la dominación inglesa dejó de celebrarse la feria del Lendit y lo propio sucedió con las de Champaña, que, por otra parte, hacía mucho tiempo que estaban en decadencia, haciéndose entonces por los Alpes y el Rhin el comercio entre Flandes é Italia. Las ferias de Ginebra heredaron la clientela que perdían Beaucaire y los demás mercados de la Francia meridional.

En los comienzos del reinado de Carlos VII, los franceses del reino de Bourges no tenían más relaciones comerciales con el exterior que las que sostenían por la Rochela y por los puertos del Langüedoc. Los comerciantes de la Ansa alemana habían dejado de frecuentar la Rochela y el tráfico oceánico estaba monopolizado por los bretones y por los castellanos. Todos los antiguos grandes puertos del Mediterráneo se hallaban en decadencia: Montpellier, víctima de espantosas epidemias, estaba despoblada; Aigues-Mortes se llenaba de arena y Narbona no tenía ya fácil comunicación con el mar desde la rotura de la presa del Aude, acaecida en el siglo XIV. Los comerciantes del Langüedoc no sostenían ya relaciones regulares con el Oriente, y si se aventuraban á enviar un barco á Levante, todas las probabilidades eran de que no volverían á verlo, pues los mares estaban llenos de piratas musulmanes, catalanes y genoveses. Los mismos marseleses remontaban el Ródano en sus barcas y desembarcaban en las orillas para hacer prisioneros. Por último, surgían inesperadas competencias para la Francia condenada á la inercia: en efecto, los súbditos del duque de Saboya comenzaron á comerciar directamente con Barcelona y Chipre, y aquel príncipe autorizó á los comerciantes borgoñones y flamencos para que tuvieran buques en Villefranche, cerca de Niza, para traficar con los países de Levante.

Y sin embargo, un hombre de inteligencia era bastante para reconquistar para Francia los mercados que le arrebatában; así lo demostró Jacobo Cœur, el cual, antes de que terminara la guerra de Cien Años, adquirió, en provecho suyo y en el de Francia, una fortuna comercial prodigiosa. Era, dice Tomás Basin, «un hombre sin literatura, pero muy inteligente, de espíritu abierto é industrial para los negocios.» Añádase á esto que sabía escoger admirablemente á sus auxiliares, que no conocía los escrúpulos y que estaba dotado de una ambición sin límites. Su divisa era: *Nada hay imposible para los corazones valientes*. Su padre, peletero de Bour-

ges, le dejó algunos bienes, y él, desde los primeros años del reinado de Carlos VII, se asoció con el maestro de la moneda de Bourges, Ravant le Danois, y juntos buscaron ganancias fraudulentas en la fabricación de monedas de mala ley, siendo por ello perseguido é indultado con sus cómplices en 1429. Entonces pensó en recurrir á otros medios, y en el mes de mayo de 1432, en una época en que Francia se hallaba sumida en la miseria más lamentable, marchóse á Levante á comprar especias. A su regreso, el buque que le conducía naufragó á la vista de Calvi; él y sus compañeros pudieron llegar á Córcega en una barca, pero los insulares les robaron «hasta la camisa.» Jacobo Cœur volvió á Francia completamente despojado, mas no por ello se desanimó, y habiendo aprendido por sus propios ojos las condiciones del tráfico mediterráneo, llegó á ocupar en pocos años el primer lugar en el Levante.

Jacobo preparó su éxito con habilidad consumada, conquistándose el favor del rey y obteniendo algunos cargos que le colocaron por encima de todos los comerciantes franceses. «Comisionista de platería» en 1438 y más tarde platero titular, tenía en la corte, en calidad de tal, un almacén de telas, muebles y géneros de todas clases para satisfacer los caprichos cotidianos del rey y de los que le rodeaban, y hasta llegó á interesar al monarca en sus operaciones comerciales, pudiendo decir en cierta ocasión que «entre él y el rey había un documento de cuenta secreto.» Consejero del monarca, comisario en los Estados del Langüedoc y visitador general de las gabelas de esta provincia, aquel hombre hábil pudo imponer su voluntad á la burguesía del Mediodía, alistar entre sus factores á los comerciantes que le parecían capaces de servirle y aplastar á los demás bajo el peso de sus privilegios y de su crédito oficial. Tuvo á sus órdenes un personal escogido y enteramente adicto á sus intereses cuya fortuna hizo, pudiendo citar, entre otros, á Juan de Villages, el jefe de su flota, que se casó con su sobrina, y á Guillermo de Varye, su primer contador, que más adelante entró en el servicio de Luis XI como «general de hacienda.» Los diputados en los Estados del Langüedoc y los magistrados municipales hacían todo cuanto quería el poderoso Jacobo Cœur: se votaban subvenciones en favor suyo, se eximía de impuestos á sus mercancías y para su mayor provecho se decretaban nuevas tarifas y se reparaban puertos y canales.

La principal casa de comercio de Jacobo Cœur estuvo establecida primero en Montpellier y luego en Marsella. La gran fuente de sus riquezas fué el comercio marítimo: su flota exportaba á Oriente mercancías occidentales y traía de Alejandría y de Beyruth telas de Levante, tapices de Persia, perfumes de Arabia, pieles del Norte y especias y porcelanas del extremo Oriente. Al mismo tiempo transportaba pasajeros cristianos y musulmanes y se dedicaba asimismo á la trata de esclavos, y á su regreso, remontaba el Ródano ó, triunfando de la competencia catalana é italiana, aprovisionaba el mercado de Barcelona. Jacobo Cœur fué el tipo perfecto del maquinador de negocios, apto para todas las especulaciones y pronto á valerle de todos los medios para hacer fructificar sus capitales. Así que se firmó la tregua de 1444, comenzó á traficar con los comerciantes de Inglaterra. Tenía una fábrica de sederías

en Florencia y una multitud de empresas en Francia; explotaba las minas del Lyonés, tenía la contrata de la sal en Tours, en Loches, en Montrichard, en Busançais y en Bourges; poseía una tintorería en Montpellier y una papelería en Rochetaillé, y lo que no fabricaba por sí mismo pedíalo directamente á los productores, teniendo innumerables sucursales en Francia y en las costas del Mediterráneo, á fin de poder prescindir de los intermediarios.

La fortuna de Jacobo Cœur fué proverbial en Francia en el siglo XV: «La gloria de su señor hízola resonar en todas las naciones y tierras, é hizo brillar en los lejanos mares los florones de su corona,» decía Jorge Chastellain. En efecto, Jacobo Cœur había devuelto á Francia, en el Levante, un prestigio que ya no volvió á perder en muchos siglos. Había despertado á su alrededor una prodigiosa actividad económica; pero no hemos de exagerar su papel en la historia del comercio ni hemos de aceptar, como algunos han supuesto erróneamente, que sus empresas fueran innovaciones. En fin, sean cuales fueren los resultados que haya producido su iniciativa personal, es evidente que la terminación de la guerra de Cien Años coincidió naturalmente con un renacimiento comercial. Jacobo Cœur no había esperado que renaciera la prosperidad pública para hacer su fortuna y en esto demostró su genio; pero de todos modos aquel renacimiento se habría realizado también sin él (1).

La desaparición de los desolladores y de los ingleses permitió á Carlos VII restablecer las ferias antiguas y crear otras nuevas: era este un derecho que desde el siglo XIV se reconocía al rey de Francia en toda la extensión de su reino, excepción hecha de los principados independientes como Bretaña. Lyon sobre todo atrajo la atención de los consejeros del rey, los cuales pensaban acertadamente que el camino de Champaña estaba olvidado y que sólo Lyon podía, por su situación, rivalizar con Ginebra. A las dos ferias francas que había instituido en aquella ciudad en 1420, añadió una tercera en 1444. En 1445 prohibió á los comerciantes franceses que transportaran mercancía alguna á Ginebra; pero esta prohibición fué desobedecida y las ferias de Lyon siguieron siendo poco frecuentadas hasta el reinado de Luis XI. Por otra parte, en el siglo XV las ferias comenzaban á perder la importancia que habían tenido para el gran comercio durante la Edad media.

Esta evolución era el resultado del progreso de las comunicaciones. Desde el tiempo de Carlos VII los fiscales del rey trabajaron eficazmente para que los transportes fueran más seguros, cómodos y baratos; abolieron los peajes de creación reciente que aumentaban excesivamente los gastos de la navegación fluvial, y se realizaron obras de ahonde en los ríos Eure, Loira, Loir, Maine, Sarthe y Clain. La navegación del Sena, objeto de perpetuas contiendas entre la ansa de París y la gilda de Ruán, fué declarada libre para los comerciantes parisienses y ruaneses. Por último, protegióse activamente el comercio marítimo: el puerto de Aigues-Mortes estaba en plena decadencia, y Carlos VII, que lo consideraba como «el más hermoso, el más útil y el

más seguro» del Langüedoc, impuso en 1445 un derecho de diez por ciento sobre todas las especias y drogas que entrasen en Francia por otro puerto que no fuese aquél (2). En 1449, dedicóse á su reparación la cantidad de mil libras, y aquel mismo año Aigues-Mortes obtuvo, junto con la Rochela, el monopolio exclusivo del comercio de especiería y droguería. La Rochela era el mejor puerto que la realeza poseía en el Océano y entonces volvía á ser frecuentado por los comerciantes anseáticos.

Las negociaciones entabladas con el extranjero en favor de los comerciantes franceses ocupan un lugar importante en la historia diplomática del reinado de Carlos VII, ora se trate de obtener indemnizaciones por los perjuicios causados por los piratas, ora de concertar tratados de comercio. Los convenios políticos que se firmaron por vez primera ó se renovaron con los príncipes alemanes, con los suizos, con Dinamarca y con Castilla, fueron adicionados con cláusulas comerciales. En 1454 firmóse un convenio para reanudar las relaciones con Aragón, y poco tiempo antes de la desgracia de Jacobo Cœur, Juan de Villages llevó al soldán de Egipto cartas del rey, siendo favorablemente acogido por aquel príncipe. Varios comerciantes de Montpellier fueron enviados con comisiones especiales cerca de los soberanos de Caramania, de Túnez, de Bujía, de Orán y de Fez.

La reforma monetaria fué otro de los motivos, y no de los menos importantes, por los cuales los comerciantes guardaron grata memoria de Carlos VII, olvidando los comienzos de su reinado para celebrar la sabia administración financiera de sus últimos años.

Desde 1422 á 1438, las monedas de Carlos VII habían sufrido cuarenta y una variaciones. Pero una serie de ordenanzas redactadas después de la paz de Arrás establecieron la acuñación y el uso de una buena moneda: con ello quiso el rey evitar la circulación de la moneda inglesa y la exportación del oro y de la plata fuera del reino, pero no consiguió su propósito. La dificultad de hacer respetar aquellos edictos se explica por la escasez de numerario en la cristiandad. Ya hemos dicho que con la mayor abundancia de la moneda su valor de compra había disminuído progresivamente en los siglos XIII y XIV; pues bien, en el siglo XV se produjo un movimiento contrario: el agotamiento de las minas de Europa, la multitud de tesoros escondidos durante la guerra de Cien Años y la inmovilización de una cantidad cada vez mayor de metales preciosos empleados en la fabricación de objetos de lujo, hicieron que escasearan el oro y la plata. Mientras tanto, la actividad comercial aumentaba, y como el uso de la letra de cambio sólo en parte remediaba la falta de numerario, restableciáanse los cambios en productos naturales. El empeño de evitar la desaparición del oro y de la plata influyó poderosamente en la política de Carlos VII, y esto explica en parte la severidad con que se procedió contra Jacobo Cœur, culpable de haber transportado metales preciosos al extranjero. Y este empeño se halla expresado con todas sus letras en el preámbulo de la Pragmática Sanción.

(1) Respecto de la desgracia de Jacobo Cœur, véase más adelante, cap. V, párrafo I.

(2) Ordenanza publicada por el Padre Douais, «Annales du Midi,» 1896, pág. 427.

La acción de la realeza, poco enérgica todavía en las cuestiones industriales y nula en las agrícolas, manifestóse, pues, eficazmente en favor del comercio. Aunque la rehabilitación económica de Francia fué obra de la energía nacional, no dejó de contribuir también a ella la monarquía, que veía en la misma la condición esencial de su propia fuerza, ya que su riqueza y su grandeza dependían de la prosperidad material del país. Cuando estudiemos la transformación de las clases elevadas de la sociedad, comprenderemos mejor la omnipotencia de los hechos económicos, que han constituido en todo tiempo la trama de la historia.

CAPITULO II

LA BURGUESÍA Y LA NOBLEZA

I. Formación de una clase media. Costumbres de la burguesía y de la pequeña nobleza.—II. La aristocracia. Vida de castillo y vida de corte.

I.—Formación de una clase media. Costumbres de la burguesía y de la pequeña nobleza (1)

A principios del siglo XI, el obispo Adalberón escribía que la sociedad se compone de dos clases de gentes: los nobles y los clérigos y, de otra parte, los miserables siervos que trabajan para mantenerlos. Esta clasificación, que ya no era exacta en el siglo XIII ni siquiera en el XII, desapareció definitivamente con la guerra de Cien Años. En el siglo XV acabó de constituirse entre la alta nobleza y el pueblo una clase media en la que los advenedizos y los ennoblecidos se mezclaron con los hidalgos rurales; mas á pesar de estar formada por

(1) FUENTES.—Registros y libros de cuenta y razón del siglo XV: *Registre de la famille de Verdusan*, «Revue de Gascogne», 1888; *Libre de raisons d'Etienne Benoist*, «Bulletin de la Société archéologique du Limousin», tomo XXIX; libro de los Massiot, *Livres de raison limousins et marchois*, publicados por Luis Guibert, 1888; de Gerald Tarneau, *Chartes et memoriaux pour servir à l'histoire de la Marche et du Limousin*, publicados por Leroux y Bosvieux, 1886; de Juan Chaudet, «Mémoires de l'Académie de Besançon», 1886; de los Dupré, «Annales de l'Académie de Magon», tercera serie, tomo II; de Guillermo de Bagnols y de los Perrotte de Cairon, «Bulletin historique et philologique», 1886 y 1898. *Anciens livres de raisons de familles bretonnes*, publicados por Parfouru, 1898.—Comienzan á ser explorados los archivos de antiguos notarios: Luciano Merlet, *Les testaments au XIV et au XV siècle*, «Bulletin du Comité des travaux historiques», Sección de ciencias económicas, 1889.—Los registros de provisoratos, muy curiosos para la historia de las costumbres, han sido poco explotados todavía; consúltense: *Inventaire de la série G des archives de l'Aube*; G. Dupont, *Le registre de l'officialité de Cerisy*, «Mémoires de la Société des Antiquaires de Normandie», tomo XXX; Luciano Merlet, *Registres des officialités de Chartres*, «Bibliothèque de l'École des Chartres», cuarta serie, tomo II.—Entre los cronistas: *Mémoires de J. du Clercq*, edición de Reiffenberg, 1835.—Los principales textos literarios en las mejores ediciones, son enumerados en las bibliografías de la *Histoire de la Littérature française*, de Petit de Juleville, tomos I y II.

OBRA DE CONSULTA.—Además de las indicadas en el capítulo I, párrafos 2 y 3: Luis Guibert, *La famille limousine d'autrefois*, 1883. Andrés Joubert, *La vie privée au XV siècle en Anjou*, 1884. A. Samouillan, *Olivier Maillard, sa prédication et son temps*, 1891. J. de Arbaumont, artículos de la «Revue nobiliaire», 1865 y 1866. Beaune y d'Arbaumont, *La noblesse aux États de Bourgogne*, 1864. R. de Belleval, *Nos pères*, 1879. A. Franklin, *La vie privée d'autrefois*, en curso de publicación desde 1887. P. Viollet, *Histoire du droit civil français*, 1893.

elementos heterogéneos, esta parte de la sociedad francesa tenía en tiempo de Carlos VII y de Luis XI costumbres é ideas comunes, constituyendo por ende una verdadera clase.

Los hechos económicos eran los que habían modificado la jerarquía social. En el siglo XV la gente se daba perfecta cuenta de la omnipotencia del dinero y de ello se quejaba. Un personaje del *Misterio de la Pasión*, representado por vez primera en 1451, exclamaba:

«¡No hay cosa que el dinero no haga!»

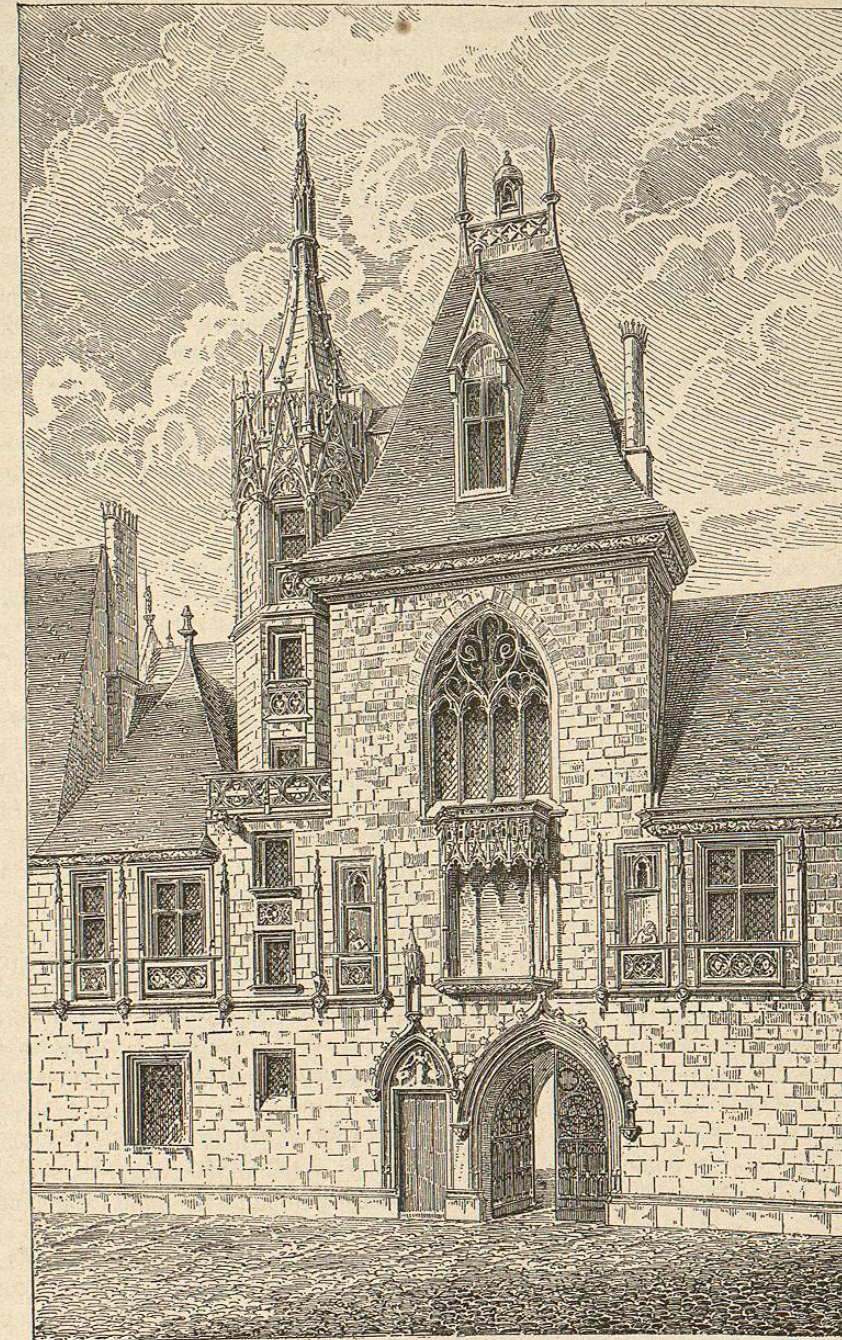
La opinión sentía el mismo odio que hoy contra los ricos; los judíos estaban siempre pendientes de la amenaza de una expulsión y la desgracia de Jacobo Cœur demuestra que no eran ellos los únicos que excitaban la envidia pública. La organización del trabajo estaba dispuesta para asegurar la nivelación y la mediocridad de las condiciones. La Iglesia prohibía los préstamos con interés y todo se hallaba combinado con la mira de impedir la acumulación de los capitales en algunas manos; por esto había menos personas muy ricas que en nuestra época. Las había, sin embargo, y á su lado existían muchos ciudadanos que tenían una posición muy desahogada; algunas de estas familias opulentas del siglo XV figuran en la historia, como por ejemplo los Cœur, los Bureau, los Rolin, que fueron grandes personajes en las cortes de Francia y de Borgoña, los Alorge de Ruán, los Clabault de Amiéns, los Claveurier de Poitiers y otros muchos.

Y es que en efecto había oficios muy lucrativos, sobre todo los de pañero, carnicero y platero, oficios cuyos maestros solían ser burgueses bien acomodados. En el comercio propiamente dicho, los merceros, los comerciantes en sal y los armadores llegaban con frecuencia á poseer una fortuna. Muchas familias del Lyonés y del Delfinado se enriquecían con la explotación de las minas. En cuanto al comercio del dinero, que la Iglesia no podía seriamente impedir, todavía estaba en muchas ciudades en poder de judíos y de italianos, pero los negocios de banca y de crédito eran también realizados por los ciudadanos franceses que no dejaban dormir sus capitales. En el siglo XV el numerario era muy escaso y muy solicitado, y la tasa del interés alcanzaba generalmente el tipo de veinte por ciento. La constitución de rentas sobre las tierras era frecuente, porque muchos propietarios territoriales se veían obligados á pedir préstamos. Los ciudadanos enriquecidos compraban censos, cánones y derechos de justicia, de modo que respecto de ciertas fincas, los censos, los cánones y las multas pagados por los labradores iban á parar, no al señor, sino al ciudadano que había comprado esos ingresos. Los comerciantes y los cambistas tenían socios comanditarios. La misma Iglesia, con reticencias y escrúpulos, violaba sus propios principios, y así vemos á Martín V consultar á algunos doctores para saber si las órdenes religiosas que compraban rentas y las dejaban luego redimir por el mismo precio cometían el crimen de usura. «Ciertas casas religiosas, decía, han comprado pensiones anuales perpetuas, cómodas para sostener á sus hermanos de ciertas ciudades, pagando dichas pensiones más ó menos caras, unas á 24 florines, otras á 23 y hasta á 20, según los cambios de los diversos sitios y dando á los vendedores la libertad de redimir las por

el mismo precio.» Pedro de Ailly y Gerson, á quienes se había interrogado, contestaron que tales contratos eran lícitos, con tal de que las órdenes religiosas no se propusieran intencionadamente la redención de las rentas por los vendedores (1).

propiedades rurales: Jacobo Cœur era un gran señor territorial y el antiguo abogado Nicolás Rolin, que fué canciller del duque Felipe el Bueno, poseía cuarenta heredades (2).

La carrera de Nicolás Rolin y la de Jacobo Cœur



Casa de Jacobo Cœur, en Bourges

La burguesía alcanzó al final de la Edad media un verdadero poderío territorial, que era otro medio de colocar sus capitales. Durante los periodos de calma de la guerra de Cien Años, los habitantes de las ciudades compraron feudos ó partes de feudos, y cuando hubieron sido expulsados los ingleses, se hicieron construir hermosas casas de campo y poco á poco fueron aficionándose á la agricultura. Los ricos tenían inmensas

démuestran el provecho que se podía sacar de los empleos. La adquisición de los cargos de hacienda y de justicia fué, desde el siglo XV, uno de los más vivos de

(2) Rameau, *Une famille du Gatinais*, «Bulletin de la Société d'économie sociale», 1875, pág. 714. Bigarne, *Le Chancelier Rolin*, 1860. D'Arbaumont, *Nicolas Rolin*, «Revue nobiliaire», 1865. En Alais se reservaba el título de *burgueses* á los habitantes de la ciudad que vivían de sus rentas territoriales, en su mayoría comerciantes retirados de los negocios (Bardou, *Histoire d'Alais de 1341 à 1461*, pág. 299).

(1) Feret, *La Faculté de théologie de Paris*, tomo IV, pág. 107.